

CUADERNOS  
DE HORIZONTE

*La reina  
de las aguas*  
*Un viaje eterno por Roma*

FERNANDO CLEMOT

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*

Colección Cuadernos de Horizonte, 33

© del texto: Fernando Clemot, 2025

© De esta edición: FESTINA LENTE EDICIONES, SLU, 2025  
Todos los derechos reservados.

Este libro fue escrito gracias a las becas de movilidad  
del Ministerio de Cultura

Primera edición: febrero, 2025

Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES  
C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)  
[www.lalineadelhorizonte.com](http://www.lalineadelhorizonte.com)  
[info@lalineadelhorizonte.com](mailto:info@lalineadelhorizonte.com)

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Imagen de cubierta: Detalle de fuente y pájaros de una pintura  
de jardín, Casa del brazalete de oro, Pompeya, Roma (siglo I d. C.).

© NPL - DeA Picture Library / L. Pedicini / Bridgeman Images

ISBN: 978-84-129013-0-6

THEMA: WTL, 1DST | Depósito Legal: M-304-2025

Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima  
proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,  
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley.

# *La reina de las aguas*

A MODO DE PRÓLOGO ...	11
I. LA REINA DE LAS AGUAS ...	17
II. LAS MURALLAS DE ROMA ...	31
III. ÚLTIMOS PASEOS POR VERANO ...	47
IV. SANTA MARÍA MAGGIORE ...	59
V. LOS BUEYES DE SANTA CONSTANZA ...	69
VI. BOMARZO ...	81
VII. EL PALAZZO NUOVO Y LOS CAMPOS DE RUINAS ...	99
VIII. SAN LORENZO ...	113
IX. LOS ESPOSOS DE VILLA GIULIA ...	131
X. LA ESCALERA SANTA Y EL SANCTASANTÓRUM ...	145
XI. VILLA ADRIANA ...	163
BIBLIOGRAFÍA ...	181

*Para Eva y Emma*

## A MODO DE PRÓLOGO

Dicen que hay dos únicas formas de abandonar Roma: llorando o maldiciéndola. Yo no viví el tiempo necesario para detestarla. Me hubiera gustado llegar allí mucho antes, y no solo de paso, como Montaigne, Keats o Goethe; más joven y enérgico, al final de un hermoso viaje y poder vivir el tiempo suficiente para marcharme como un amante resentido. No fue así. Mis últimas lágrimas en la ciudad fueron de un amor rendido y eterno.

Roma te cambia. No he conocido otra ciudad en el mundo que te transforme así, que te cuestione y remueva a la vez. Ni Lisboa, Nueva York, Barcelona o París. Ni siquiera Berlín o las tiernas campiñas y ciudades de Umbría o Toscana pueden trastocar e incendiar lo más remoto de tu memoria. Fue entonces, al poco de volver de mi última estancia en la capital italiana, cuando tuve el impulso de escribir sobre ella, sobre los lugares que entiendo que me cambiaron. No debe haber un rincón más propicio para reflexionar sobre el amor, el paso del tiempo y la eternidad.

Al empezar a escribir sobre esta ciudad todos nos encontramos con la misma cuestión: ¿es posible decir algo más sobre Roma? Nuestra vida y nuestro pasado aparecen ineludiblemente unidos a ella antes de conocerla siquiera. Nuestros nombres y apellidos, la arquitectura de nuestros edificios de gobierno, nuestras leyes, cultivos, monumentos y carreteras. Si retrocediéramos cincuenta generaciones en nuestro árbol genealógico, encontraríamos con toda seguridad a ciudadanos

romanos. También mantenemos intactas algunas de sus tradiciones. En mi dormitorio y en algunos rincones de la casa, guardo las fotos de mis padres y mi hermano, de algunos amigos, de mis muertos: son nuestros lares familiares que nos vigilan y bendicen, y, alguna vez, imagino que censuran también nuestros actos.

Nuestra religión también tiene como centro y capital a esta ciudad: las ceremonias de nuestra niñez, de nuestros primeros mitos y tradiciones; también nuestros arcanos más íntimos y arraigados, tienen su asiento en esta urbe. Roma no solo es la capital de Italia, sino que es la capital de todos: la ciudad familiar, la que más se parece a todos nosotros. Quizá en esa esencia esté la naturaleza de todos los cambios a los que ineludiblemente te somete.

12           ¿Cuál es su secreto? Pocas ciudades han conseguido una permanencia tan larga en el tiempo. Esa eternidad de que tanto presume es un tema presente en cada rincón, en cada barrio. A la larga historia de poder de la Roma republicana e imperial siguió la de la Roma de los papas y, tras la Unificación, se reforzó su papel como capital de una nueva república. Más de dos mil quinientos años de relevancia social y política a escala universal. Se trata de un hecho excepcional, ya que en general las ciudades suelen tener sus momentos álgidos y una pronta decadencia a causa de los movimientos políticos o sociales del tiempo que les tocó vivir. Solo Roma ha conseguido soportar durante casi tres milenios el peso de la historia.

En lo personal, y hay mucho de ello en este libro, ningún otro lugar ha conseguido despertar en mí tantas emociones y sensibilidades. Siempre hubo un antes y

un después de mis estancias allí. Es la curiosidad lo que impulsa el conocimiento, y pocas veces me he sentido más curioso e interesado por todo lo que me rodeaba que en mis visitas a Roma. Me dominaba una voluntad furiosa de saberlo y conocerlo todo, de poseer la ciudad y entenderla. Nunca he tenido una sensación y una necesidad iguales. Nunca me he sentido más vivo que allí.

Como consecuencia de esta vivencia, este libro solo puede ser fruto de la pasión y del amor. No es una enumeración de lugares hecha para todos los gustos, ya que no se deben buscar en este volumen los rincones más corrientes o comunes. Solo figuran en esta lista los lugares con los que mantuve una relación de cierta intimidad, mientras que en otros como el Coliseo, el Trastévere, San Pedro, San Juan de Letrán, los Museos Vaticanos o los Foros Imperiales resulta difícil establecerla. Hay mucho de personal e íntimo en este recorrido. Es un itinerario que entiendo también como una carta de amor a una ciudad y a un tiempo.

Como toda relación, esta también tuvo un comienzo. Mi primera visita a Roma fue en el otoño de 2001, y coincidió en el tiempo con los atentados a las Torres Gemelas. Desde entonces he vuelto siempre que he podido: como si le profesara un culto irrefrenable a esta ciudad. Con ninguna otra —ni siquiera con mi ciudad natal o en la que resido— he podido establecer una relación similar a la que tengo con Roma. Todo ello a través de estancias aisladas sí, siendo la más larga de ellas una reciente en que pude encadenar —junto a mi esposa Eva y mi hija Emma, que entonces tenía dos años— un total de cuatro meses en el barrio de San Lorenzo, al norte de la ciudad, por encima de la

estación Termini. En ese tiempo fue cuando descubrí Roma con mayúsculas; también he de decir que me exalté, me agoté y me atormenté con ella. Algo profundo ocurrió en ese tiempo. Esos meses resucitaron una cercanía por el arte, la belleza y una espiritualidad que creía definitivamente dormida.

Le debo, sin duda, muchas cosas a esa última estancia que tuvo un efecto de revelación. Quizá la duración de esa estadía —ni corta ni demasiada larga— tuvo que ver con ese efecto catártico. Tuve el tiempo suficiente para conocer y amar la ciudad sin llegar a detestar los abundantes problemas que la consumen. Como todas las relaciones inconclusas o idealizadas, la mía con Roma se mantiene intacta, como el fervor del primer amor, con la maravillosa perfección de lo incompleto.

14 Me cuesta entender la viveza de este ensueño porque la vida en Roma, como he señalado, tiene un reverso menos luminoso que el que aquí se destaca. Así, a la vez que me deslumbraban todas sus maravillas, también se traslucían con dureza los innumerables problemas del día a día en la ciudad: la suciedad inaceptable en algunos de sus barrios; el caótico servicio de los trenes, autobuses y tranvías, tan viejos y desfondados como algunas de las ruinas que atraviesan; el tráfico insoportable; el turismo masivo que invade muchos de sus escenarios; la ausencia o el deterioro de servicios públicos como la sanidad, y la mal llamada *furbizzia*, esos pequeños engaños de los comerciantes. Todos esos inconvenientes y hábitos te remueven y, mientras te dura el enfado, reniegas de todo y te quieres diferenciar de aquella caterva de estafadores desordenados. Te sientes feliz de no ser como ellos. Pero esa sensación dura lo que dura el enfado y, en



mi caso, nunca la crudeza del día a día llegó a desgastar la belleza y exaltación del encantamiento. Si no hubiera estas tachas, la ciudad entraría en la idealización o el arquetipo, de modo que sus propios defectos la humanizan, la hacen más tangible y cercana.

No hay amor ni pasión que no tenga defectos y abordé los mismos como si fueran parte de un extraño romanticismo que también era propio de la ciudad. Los problemas de Roma la afean, pero también son parte de ese *charme* castizo que la completa, porque no hay ninguna ciudad en el mundo, capa por capa, que pueda igualarse a Roma.

De toda esta pasión también nacen algunas sensaciones paradójicas. Recuerdo que hace muchos años, una buena amiga norteamericana siempre me insistía en que le gustaría ser española. Entonces no comprendía lo que decía, pero luego entendí que para ella ser española significaba compartir un poso cultural e histórico del que carecen en Estados Unidos: ser parte de un legado más grande que nosotros mismos y del momento que nos tocó vivir.

A muchos de nosotros también nos gustaría ser romanos; haber nacido aquí, ser hijos primogénitos de tanta belleza y desorden, abismarnos y recrearnos en él. Porque ser romano, al fin, no sería más que ser la quintaesencia de nosotros mismos.

# I

## LA REINA DE LAS AGUAS

Una de las leyendas más hermosas de Roma relata el nacimiento de una de las grandes traídas de agua a la ciudad. En ella se cuenta que, en aquella búsqueda de una fuente o un surgente cercano a la urbe, los hombres de Agripa recibieron la ayuda de una virgen, una joven que les señaló el nacimiento de un manantial de agua clarísima que manaba en Salone, apenas a veinte kilómetros de Roma. El resultado de aquel encuentro casi milagroso fue el Acqua Vergine (Aqua Virgo), el más importante y duradero de los acueductos romanos y que, quince siglos más tarde, abastecería a fuentes tan notables como las de la piazza Navona, Trevi o la Barcaccia de plaza de España, donde llegaba el agua casi sin presión y por lo que hubo que diseñar una fuente muy rebajada e inundable.

17

No se puede entender Roma sin su relación eterna con el agua. Nació la ciudad de un río y sus leyendas fundacionales están también unidas a él, a las marismas que rodeaban el Palatino y el Capitolino; y desde ese momento el agua se convirtió en una parte sustancial de su carácter. Decía Percy Shelley que el viaje a Roma está justificado solo por sus fuentes y no era aquella afirmación un rapto de romanticismo o una exageración. La Barcaccia, el Mosè, el Aqua Paula, el Tritone, Trevi, el Babuino, piazza Colonna, el Nettuno, el Moro y le Quattro Fiumi en la plaza Navona; además de las que se erigieron frente al Panteón, la escalinata del Capitolino, San Pedro o Santa Maria en Trastévere. Durante siglos, buena parte de la vida de la ciudad se desarrolló

en torno a ellas. Centenares de fuentes —si las contáramos todas, incluidas sus características y sencillas *nasoni*, narices, que adornan cada cruce de calles, llegarían a las dos mil— dejan en la ciudad un aliento propio. Resulta imposible comprender Roma sin sus fuentes; se ha creado una mística sobre ellas, y llegas a la conclusión de que la ciudad no solo está hecha de mármol y travertino, sino que también está erigida sobre el agua.

*Regina aquarum*, la reina de las aguas, fue el nombre con el que bautizaron a la ciudad en el periodo clásico, pero hasta ese primer momento Roma había tenido una relación muy compleja con ella. Tras su fundación, y durante los primeros siglos de su existencia, la población romana simplemente extraía el agua para su consumo, sus industrias o la limpieza de sus calles de su cauce más cercano: el Tíber; pero pronto comprobaron que aquello no era suficiente. La propia ciudad envenenaba el curso del río —también las primeras cloacas y alcantarillas diseñadas durante el gobierno de los reyes etruscos en el Foro y el Capitolino, y más tarde desde el Aventino y el Campo de Marte, vertían su contenido en el río—, por lo que eran frecuentes las epidemias de cólera y paludismo que diezmaban la población. La ciudad necesitaba una traída de agua que brotara más lejos, en un lugar más propicio que el río. Así, ya durante la república romana, en el 312 a. C. —bajo el mandato del cónsul Appio Claudio Cecio, de quien tomará su nombre—, se inicia la obra del que sería el primer gran acueducto de Roma: el Aqua Appia.

Esta primera gran canalización de agua hacia la ciudad, antiquísima, ya cumplía con los preceptos que casi tres siglos después resumiría Vitrubio en su *De*

*Architectura* y que se seguirían fielmente en todos los acueductos en Roma o en cualquier rincón de sus provincias: la fuente o surgente debía tener agua limpia y de gran pureza, y el cauce no podía estar sujeto a la estacionalidad; la totalidad del acueducto debía estar cubierta para evitar que el agua se contaminara con la lluvia, el sol o cualquier fenómeno externo; los canales subterráneos debían labrarse en la roca virgen y, en caso de que no hubiera, debían cubrirse las paredes con mortero. También era necesario evitar una pendiente muy pronunciada en la obra para que no dañara la propia corriente las paredes del acueducto; era conveniente el uso de decantadores en los últimos tramos de la construcción, las llamadas *piscinae limarias*; en las canalizaciones urbanas era mejor utilizar tubos de cerámica o madera, ya que el plomo podía causar enfermedades como el saturnismo.

Este primer acueducto, el Aqua Appia, tenía apenas quince kilómetros de longitud; pero en el siguiente, el Anio Vetus, construido en el 272 a. C., ya se extraía agua de las fuentes del Aniene, a más de sesenta kilómetros de Roma. También en estas primeras traídas de agua a la ciudad empezó a cumplirse una ley no escrita que señalaba que el final del acueducto debía estar rematado por una fuente urbana monumental. Los restos de una de las más importantes, el Trofeo de Mario, erigido a principios del siglo III d. C., pueden todavía contemplarse en el centro de la plaza Vittorio Emanuele, ignorados por casi todos. Durante los siglos siguientes, Roma llegó a tener hasta once acueductos —el Aqua Marcia, el más largo con más de noventa kilómetros; el Aqua Tepula, el Aqua Augusta, el Aqua Alsietana, el Aqua Iulia, el Aqua Claudia, el Anio Novus, el Aqua Traiana, hasta

el último, el Aqua Alexandrina, que se construyó en época imperial, ya en el 226 d. C.— debido a que muchos emperadores consideraban la creación de un nuevo acueducto como la prueba más clara de su bondad como gobernantes y de la abundancia de recursos del Estado. Siete de los once acueductos confluían en la ciudad en las cercanías de Porta Maggiore y desembocaban en el mencionado Trofeo de Mario.

Todas estas construcciones tuvieron una vida útil que osciló entre los dos y los seis siglos —la mayoría dejaron de funcionar tras el saqueo godo de 472—, pero una de ellas, el Aqua Virgo, sobrevivió al tiempo, incluso al fin del imperio. El curso de este acueducto solo se vio interrumpido tras el saqueo de los godos de Vitigo, en el 537, aunque fue restaurado doscientos años después, en el siglo VIII, antes que cualquier otro, y posteriormente sufrió mejoras y arreglos en los siglos XIII y XV. Durante toda la Edad Media fue el único de los acueductos que permaneció activo y palió la carestía de agua de calidad que la Roma medieval sufría de forma endémica. Ya en el Renacimiento —al calor de un nuevo vigor en la ciudad— el papa Sixto, tras trece siglos sin hacerlo, emprende la construcción de una nueva traída de agua: el Acqua Felice, en 1587, reutilizando así el manantial del Aqua Alexandrina. Y con aquella obra comenzó a renacer en Roma una nueva época de gloria y exaltación del agua.



El Acqua Felice, el primer acueducto romano de la época moderna, se finalizó en el año 1586, y entraba en Roma por la Puerta Tiburtina, o de San Lorenzo, muy cerca de

la casa donde nos hospedábamos, en uno de los condominios de la Via dei Ramni. Con el tiempo descubrí que el arco que vimos al llegar el primer día Jordi y yo, con tanto alivio, era parte de aquel acueducto y no un añadido de la muralla aureliana con la que converge en aquel punto. Siguiendo las consignas de las traídas de agua de la época imperial, y especialmente de Vitrubio, el acueducto, tras repartirse en varias fuentes públicas en el Quirinale y el Viminale, debía concluir en una monumental. Debía ser aquella fuente evidente y aparatosa. Se planeó que estuviera a la altura de aquella magna obra que era el Acqua Felice y el resultado fue la fuente del Moisés, erigida en 1587, y que se convirtió en una de las obras más discutidas del Barroco romano.

El encargado de erigir aquella fuente colosal fue uno de los grandes *fontanieri* de la época: Giovanni Fontana. El menor de los Fontana no tenía el reconocimiento de su hermano Domenico o de su contemporáneo Giacomo della Porta, pero había trabajado ya en obras notables como la restauración del acueducto Trajano o en el nuevo palacio de Letrán. Entre los tres arquitectos mencionados erigieron a finales del siglo XVI una gran cantidad de fuentes públicas monumentales —no menos de cuarenta en Roma, de las que más de la mitad son obra de Della Porta, el gran *fontanieri* del XVI— si bien la obra del *Moisés*, la culminación del Acqua Felice, debía ser la más importante de todas las erigidas hasta entonces por el papado.

Todo era propicio en aquella fuente: un buen arquitecto, un emplazamiento excelente en la cima del Viminale y el fondo económico casi ilimitado del papa Pío VI, que gastó en aquel monumento cerca

de trescientos mil escudos. El cuadro general de la fuente, con tres arcos cerrados de columnas jónicas y un tamaño más que notable, auguraba también una construcción que marcaría el inicio de una época. El problema de aquella obra sería solo uno, la estatua central que preside el monumento: el *Moisés*. Fontana se había basado para el diseño en el *Moisés* de Miguel Ángel que hay expuesto en San Pietro in Vincoli, pero el resultado quedó muy lejos del modelo original. La estatua de Giovanni Fontana era tosca, gruesa y desproporcionada, y el rostro del profeta recordaba más bien a un demonio o a un sátiro que al patriarca del pueblo de Israel. Pronto se le bautizó como el «Moisés ridículo» o «Moisés gordo» y fue una de las obras más parodiadas por la plebe durante el renacimiento romano. Dice también la leyenda que el disgusto por el resultado de la fuente y las burlas condujeron a Giovanni Fontana a la depresión y al suicidio, aunque no parece que fuera así, ya que sobrevivió casi treinta años a su desdichado *Moisés* y continuó con su carrera —mucho más discreta— lejos de Roma.

Pese a la polémica experiencia de la fuente del *Moisés*, las obras públicas y fuentes sufragadas por las arcas papales no se detuvieron ahí, y la aparición de dos grandes nombres ya en el siglo XVII —Bernini y Borromini, pero especialmente Bernini— contribuirán a crear en Roma gigantescos escenarios monumentales donde el agua tendrá un papel central. La primera de esas grandes empresas, construida a principios de siglo, en 1614, fue un nuevo acueducto, el Acqua Paola. Esta nueva traída aprovechaba el trazado del antiguo Aqua Traiani y llevaba agua de calidad a los barrios del Borgo y el Trastévere, con graves problemas de abastecimiento

desde hacía siglos. El diseño de la fuente en el Gianicolo, esta vez sin sorpresas y tan monumental como la fuente del *Moisés*, fue encomendado a Carlo Maderno y la culminaría Carlo Fontana, descendiente de los primeros Fontana, ya a finales del siglo XVII.

Pero antes estuvo Bernini. Él no solo será el virtuoso escultor de obras como *Apolo y Dafne*, el *Éxtasis de Santa Teresa* o *El rapto de Proserpina*, sino que será el gran conductor del urbanismo de la ciudad en un momento clave para la configuración del imaginario de la Roma contemporánea. Además de sus intervenciones en el Coliseo, el teatro de Marcelo, San Pedro del Vaticano, el Panteón o el palacio Barberini, a él le debemos el grupo de fuentes más grandioso de la ciudad: las de la plaza Navona. Con ese juego que establece entre las distintas piedras —travertino y mármol de Carrara especialmente— y las dos fuentes principales que erige —la del Moro y los Cuatro Ríos—, convierte a la plaza Navona en el gran escenario del barroco romano.

Este sería el decorado principal, también el más sublime, pero pronto aparecen muchos otros en diferentes puntos de la ciudad; siempre alrededor de alguna fuente prodigiosa, del agua, que se reafirma en aquellos años como el elemento central de la imagen pública de Roma. En la fuente del Tritón, frente al palacio Barberini; en las escalinatas del Capitolino, en la plaza del Panteón, en Letrán, en el Pópolo, junto al Corso, en piazza Colonna; en el Vaticano, en el Foro Boario y en la plaza de España con su célebre Barcaccia. Agua que ruga y tiembla, que se levanta y se vaporiza, que susurra en cada plaza, por todas partes, mientras la vida entera de la ciudad se despliega alrededor de ella. En la Roma



barroca se combinarán la dureza de los postulados de la Contrarreforma con la sensualidad de formas y costumbres que se impone en la arquitectura y hasta en la vida diaria de la capital de la cristiandad. Se crea en Roma un nuevo gran escenario, teatral, excesivo y fascinante.

En los años siguientes, monumentos como la Fontana de Trevi —finalizada en el año 1762 por Nicola Salvi después de treinta años de obras—; nuevas fuentes en Villa Borghese, en la plaza de la República; y nuevos acueductos como el Acqua Pia o el más reciente Peschiera-Capore sellarán una alianza eterna de Roma con el agua y las fuentes.



Me gustaría conocer el misterio de la relación de Emma con las fuentes. Esta cercanía surgió de una forma innata, ya que la estableció en cuanto empezó a caminar, con apenas doce o trece meses y tuvo sus primeras muestras muy cerca de casa. La fuente del Collar de Perlas era la más pequeña del parque del Capricho, con algo de herrumbre en los bordes, pero allí Emma podía desarrollar todos sus juegos. Solía traer hojas y palos a la pileta. Luego observaba cómo se enredaban y flotaban las hojas, y batía el agua con una ramita o trataba de mandarlas al fondo. Metía las manos en el agua helada de la fuente y se manchaba toda la ropa con el barro y el verdín que anidaba en los bordes de la taza inferior.

Yo contemplaba aquellos juegos en silencio, sentado en un banco, junto a la firmeza del parterre. Era una hermosa fuente, de finales del siglo XVIII. El nombre de Collar de Perlas se debe a la forma en que el agua rebosa en la taza superior y cae hasta la inferior. Gota a

gota, a veces un rosario de ellas se precipitaba de golpe, como en un raptó o un impulso que tuviera el agua. Todos aquellos reguerones creaban una sensación muy estética sobre el fondo albino del alabastro. Un pequeño mundo de hielo ante nuestros ojos. Miraba caer aquel agua, perla a perla, y la miraba a ella; abría los brazos y me sentaba más profundo en el banco, y deseaba que aquel momento se alargara, despacio, gota a gota, hasta siempre, hasta la eternidad.

Unos meses después llegó nuestra estancia en Roma, y con ella, sus fuentes. No quiero decir que Emma no mostrara interés por otros lugares en la ciudad. No fue así. Le gustaba mucho el Panteón, y en las fotografías que le enseñábamos señalaba una y otra vez su enorme óculo. También le gustaba el techo plano y dorado de Santa María Maggiore y lo contemplaba con curiosidad. Emma apreciaba mucho estos lugares; tengo casi la certeza de que todavía los recuerda y que no es una locura más de padre cincuentón y primerizo. También mostró su pasión por los perros de los vecinos que se reunían entre los viejos columpios de la plaza del 19 de julio de 1943, en San Lorenzo. Le gustaban los seres vivos y también los objetos y estatuas de piedra, plástico o madera que ella prefiguraba como vivos, pero solo con el agua, con las fuentes, especialmente con los *nasoni*,<sup>1</sup> tuvo una unión tan continua y apasionada.

1 Los primeros *nasoni* de la ciudad fueron instalados por el primer gobierno municipal tras la Unificación, hacia 1874, y se dispusieron en todo el casco antiguo de la ciudad. Aquella primera tanda de *nasoni*, los más antiguos, suman unos trescientos puntos de agua que, con la ampliación de la ciudad y sus arrabales, llegaron hasta los dos mil quinientos actuales. Los *nasoni* son unos cilindros de fundición de una altura de un metro diez y unos noventa kilos de peso. La mayoría llevan impresos el escudo de la ciudad, y algunos, también el relieve de un dragón.